



REVISTA DE LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

Año I.

10 de Marzo de 1872.

Núm. 20.

ERROR Y ESPIACION.

(Continuación.)

Margarita, presentada en la corte, y nombrada dama de la reina, como esposa que era del escudero mayor del rey, sintió menos el alejamiento y abandono en que la tenía su marido. Sin conocer bien el terreno que pisaba, de alma ardiente y apasionada, Margarita, incauta paloma, fué pronto presa del insaciable gavilán. Un hombre, mas tarde sabremos quién, se fué apoderando de su corazón, enseñoreándose de su voluntad, y dominando sus sentidos. Margarita luchó y luchó heroicamente, pero era mujer al fin y al cabo, se veía abandonada, sin amor, y su alma ávida de ese goce, dió entrada en ella á una pasión que la dominó por completo, sin que pudiera comprender en su extravío hasta donde la conduciría. Así es que la hemos presentado á nuestros lectores, en el momento en que por una circunstancia hábilmente combinada entre su doncella Casilda y la persona que había escrito el billete, Margarita sufría un nuevo asalto á su débil voluntad, que resistía aun por un resto de dignidad, cuando hemos visto que la pasión había llegado al último grado de exaltación.

Por eso las lágrimas caían de sus ojos; por eso su seno se alzaba impetuoso á impulsos de los latidos de su corazón; por eso su moreno y hermoso semblante presentaba el reflejo de la tortura que sufría su alma: Margarita era digna de compasión.

Casilda entró.

—Señora, acaba de llegar el señor cardenal.

Margarita como avergonzada de haber sido sorprendida, se cubrió un momento la cara con las manos, enjugó disimuladamente los ojos, guardó el papel en el pecho y se levantó, dió algunos pasos por la estancia, y preguntó enseguida:

—¿No ha venido aun mi esposo?

—Don Luis anunció que no comería hoy en casa, pero el señor cardenal apenas ha llegado lo ha enviado á buscar y lo espera en su despacho. Sin duda tendrán que tratar algun importante asunto de Estado.

—¿Y Blanca?

—Está en su cámara.

—Pregunta si se la puede ver.

—Lo mismo desea la señorita. Mariana me ha hecho de su parte igual pregunta.

—Puedes decirle que la espero.

—Casilda salió, y al poco tiempo Blanca y Margarita se estrechaban afectuosamente las manos.

—Pobre niña, pensaba Margarita mirando á su cuñada, cuán agena estas de creer que tú que me llamas hermana, porque

me supones amada por el que lleva tu apellido, voy á echar una mancha sobre su nombre!

Y al pensar esto Margarita sentia en su corazon un horrible tormento.

—Querida Margarita, decia Blanca con su voz suave y cariñosa, no quiero estar de servicio en palacio como no sea contigo. No sé por qué, pero la compañía de la de Olmedo me repugna, á pesar de que ella está muy espresiva conmigo.

—Pues lo siento infinito, contestó Margarita, pero mi servicio concluye hoy precisamente, y el tuyo empieza mañana y con la de Olmedo como otras veces. Pero ya que tú lo desearas, mañana le pediré que me permita hacer el servicio por ella y creo que no me lo negará, y así estaremos juntas.

—Qué buena eres, hermana mia, dijo Blanca dándole un beso.

Margarita se estremeció cuando los puros lábios de su cuñada tocaron su mejilla.

—El señor cardenal ruega á las señoras, dijo Casilda entrando, que se sirvan pasar á su despacho.

—Allá vamos, dijo Blanca.

Y cogiendo á su cuñada por el brazo la llevó casi arrastrando al despacho del cardenal.

Estaba este hojeando unos papeles cuando entraron sus sobrinas.

—Sentáos, queridas, dijo señalándoles dos sillones, tenemos que hablar.

Margarita y Blanca se sentaron despues de besar el anillo á su tío.

—¡Ireis esta noche al sarao del Buen Retiro, supongo! preguntó el cardenal.

—Si mi esposo nos acompaña.

—Vaya, ya lo creo que irá Luis, y tambien otro caballero.

—¿Don Diego? preguntó Margarita.

—Es posible, pero además otro.

No tuvo tiempo Margarita de formular otra pregunta, pues la repentina entrada de D. Luis cortó la conversacion.

El escudero mayor del rey saludó sonriendo á su esposa y hermana, y les dijo:

—Podeis ir á hacer vuestros preparativos para el baile de esta noche, yo tengo que hablar con el tío.

Margarita y Blanca salieron.

—Te he enviado á llamar, dijo el cardenal, para prevenirte, pues nuestra situacion ha variado algun tanto.

—Qué quereis decir con eso, querido tío.

—Que de hoy mas los Haro y los Sandoval formarán una sola familia.

—Cómo ¿qué decís?

—Que D. Luis de Haro y yo hemos pac-

tado nuestra alianza política, basada en el enlace de Blanca con el marqués.

—¿Puede ser eso posible?

—Lo es.

—¿Y qué ventajas nos vá á reportar?

—Cuantas tu has deseado, incluso....

—El vireinato de Indias, interrumpió el sobrino.

—Tambien.

D. Luis sonrió con satisfaccion.

—Eso me compensará, añadió, de la entrega de los bienes de mi hermana que tendré que hacer á mí cuñado.

Los dos hermanos eran hijos de diferentes madres. La de Blanca era riquísima, y todos sus bienes le correspondian como única hija. D. Luis los administraba como hermano mayor y curador de la huérfana; con su casamiento perdía esa administracion.

—Una cosa se me ocurre, querido tío. ¿Cómo me desentendiendo del compromiso que tengo contraido con D. Diego de Luna? ¿Sabeis que le ofrecí la mano de Blanca, y que dentro de una hora quizá-va á venir á que con mi intercesion deis vuestro asentimiento á esa boda?

—Blanca no le ama, y yo nunca hubiera consentido en eso.

—¿Sabeis tío á qué grado llega la influencia de D. Diego con el rey?

—Nada me importa eso mientras cuente yo con la amistad del de Haro.

—La estrella del duque del Carpio empieza á eclipsarse.

—Deliras, Luis, deliras.

—Os digo la verdad.

—Imposible.

—En fin, vos me sacareis del compromiso.

—No tengo inconveniente. Cuando venga D. Diego que le introduzcan aquí.

—Sereis complacido.

D. Luis dejó solo á su tío.

No habia aun transcurrido un cuarto de hora, cuando uno de los familiares del cardenal anunció la visita de D. Diego de Luna.

Despues de los primeros cumplidos el cardenal abordó la cuestion.

—Siento muchísimo, señor D. Diego, le dijo, el no poder corroborar la palabra que mi sobrino os ha dado.

—¡Cómo! ¿Qué quereis decir?

—Que no puedo aceptar la alta honra de que seais sobrino mio.

—¿Y por qué?

—Por la sencillísima razon de que Blanca no os ama, y yo no sacrifico á mi sobrina.

—Y calculais cardenal las consecuencia de este desaire?

—Cumpló con un deber de conciencia.

—Está bien.

—Por lo demás....

—Son inútiles vuestras excusas, interrumpió el de Luna, gozo de bastante favor con el rey para que no pueda contrarrestar vuestro ambicioso vuelo. Cardenal Sandoval, nos veremos.

Y sin esperar contestacion se levantó, saludó seriamente, y salió.

—Todo sea por Dios, dijo el cardenal. No puede desmentir la orgullosa raza de que procede. Tendré que pedirle al duque que lo destierre políticamente de la corte si quiere que la boda de su hijo con Blanca se efectúe sin tropiezo alguno.

D. Diego iba furioso.

—Miserables, decía cuando salió á la calle, burlarme de esa manera. Todo el amor que sentia por Blanca, siento que se convierte en odio, solo porque lleva el apellido Sandoval.

Y á buen paso tomó la direccion del Buen Retiro.

—Qué familia, decía como recapitulando, qué familia la de Sandoval. El cardenal un ambicioso que todo lo sacrificará á su afán de ser ministro. D. Luis, un intrigante dualador que ansía solo atesorar riquezas. Doña Margarita, ¡ahl! Doña Margarita, hermosa presa que yo prepararé para que el tigre la devore: esposa abandonada que se halla al borde del precipicio, tú aumentarás el número de las queridas del rey. Y en cuanto á tí, desdeñosa é insensible Blanca, nunca, nunca serás del marqués de Lichen; yo levantaré entre los dos una barrera que él no se atreverá á salvar. Venganza, sí, venganza.... Pero vamos á ver á Osorio, él y la de Olmedo han de ser mis instrumentos mas activos.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

(Se continuará.)

PLEGARIA.

No debe el infortunio hallar desprecio
Ni es el dolor afrenta,
Mas con mofa sin fin el vulgo necio
Al que sufre atormenta.

No es vano error: yo he visto á la péfida,
Herir con mano fuerte
Al que infelice sin descanso lidia
Contra la adversa suerte.

Miré al inícuo ante el dolor ageno
Batir palmas de gozo,
Y á cada nueva angustia, de odio lleno,
Mostrar nuevo albozo.

Mas tiemble el que se erige en enemigo
De humillada inocencia,
Que dió por siempre á la maldad castigo
Oh Dios, tu providencia.

No la amistad le rendirá en tributo
Cariñoso entusiasmo:
Desden acerbo cojerá por fruto
El que sembró sarcasmo.

Si en mi daño, Señor, solo amargura
Me alcanza por herencia,
De traidora crueldad corra segura
Al menos mi existencia.

Que el que á sufrir la adversidad se atreve
Con ánimo sereno,
Quizá ante el odio y el insulto aleve
Desmaya de horror lleno.

Y si permites que la paz me alague
Y en torno dichas mire,
No el álito del bien que me embriague,
Dura crueldad me inspire.

Del que inocente gime, nunca en mengua
Abrigue odios traidores;
No insensata añadir ose mi lengua
Dolor á sus dolores.

Deja que los humanos sufrimientos
Comprenda el alma mia;
Enriquéceme en nobles sentimientos,
Sé en la bondad mi guia.

Compasiva ansiedad logre inspirarme
La agena desventura,
Que solo digna así podré juzgarme
De ser, oh Dios, tu hechura.

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

LOS TRES GÉNIOS.

Era una tarde de primavera en que la frescura del aire anunciaba una fuerte tempestad. Se hallaba el primer médico del célebre hospital de Santa Cruz de Lisboa solo en su cuarto, sentado, apoyado el codo sobre la mesa donde estudiaba de continuo. Pasábase con frecuencia la mano sobre la frente, interin ocupaba la otra en trazar sobre el papel los conceptos que salian de esta frente llena de fuego, de vida, de entusiasmo. Muy luego dejó la pluma sobre la mesa, se levantó, recorrió á grandes pasos el aposento, habló solo, y las entonaciones de su voz indicaron que media el ritmo de la poesía latina.

El médico del hospital era poeta! Poeta el hombre que día y noche escuchaba los lastimeros gemidos de la humanidad doliente; poeta el hombre que habitaba la mansion de los dolores, de la miseria y de la muerte! Qué poeta halló jamás sus inspiraciones en semejante lugar!

Su voz, al hablar el lenguaje de Tíbulo y de Horacio, tenía una melodía que encantaba el oído; la dulzura de su sonrisa, la expresión agradable de su semblante demostraban mas que un hombre consagrado al arte de curar y condenado á vivir por interés en un hospital, un filósofo de caridad ardiente consagrado al alivio de sus semejantes por convicción, por sacrificio, por entusiasmo. En efecto, quién mas entusiasta que un poeta! El poeta sin hiel, sin odio, aislado en los espacios imaginarios, sin mancha de sangre y exento de iniquidad! Alfonso Pereira se habia levantado de la silla para encontrar la medida exacta de un verso en que formulaba su pensamiento. Encuentra al fin la medida, se vuelve á sentar para consignar el verso sobre el papel, sus miradas indicaban la satisfacción del poeta cuando terminada su obra la admira él mismo y se recrea en ella. Su vista se fija en la única ventana de su aposento, y al través de los verdes vidrios mira al cielo. Tal vez aguardaba una nueva inspiración que diese mas animación á sus versos, cuando un relámpago deslumbra sus ojos, el rayo cruzó ante su vista, un prolongado y terrible trueno conmovió la estancia, repitiéndose en el espacio de tres minutos de intervalo aumentando y disminuyendo progresivamente su entonación.

En este momento una joven bella como el primer recuerdo de amor, con un vestido blanco flotante, asustada, sin poder respirar

apenas, entró aceleradamente, se precipita á los pies de un alto Crucifijo que figuraba en el número de los adornos de la estancia del médico poeta.

El sudor bañaba su rostro, y palpitaba agitadamente su corazón, cruzadas sus manos dijo con voz entrecortada:

—Dios mio! tened piedad de mí. Yo no quiero apartarme de vuestra ley santa, no me mateis, Dios mio. Vuestra mano que dirige las tempestades, vuestra mano puede apartar de nosotros la que truena sobre nuestras cabezas.

Pero los truenos redoblaban, el fuego de los relámpagos iluminaba la estancia, y el silvido del viento y los bramidos del mar alborotado parecían anunciar el último día de los habitantes de Lisboa. El poeta contemplaba en silencio y sereno el desorden de los elementos, admiraba el espectáculo sublime é imponente de la tempestad.

La joven Maria, su sobrina, huérfana, educada en un convento, rodeó con sus brazos la cruz del Cristo, y en su terror parecía á los primeros mártires que, condenados á muerte por un decreto imperial, se asian al signo santo de la redención cuando los satélites de Neron venían á buscarlos hasta en las catacumbas para conducirlos al anfiteatro.

Pereira en vano intentó tranquilizar á su sobrina haciéndola entender que la tempestad era un efecto natural del estado de la atmósfera y no un castigo de Dios. La joven, educada en los principios exagerados del fanatismo religioso, creía ver y oír en cada trueno la sentencia del cielo; en cada rayo el ministro de sus venganzas. Era la vez primera que cediendo á las amorosas instancias del conde Enriquez, hidalgo á la par del rey y grande de Portugal, le habia dado una cita para aquella noche. Hé aquí explicados sus temores: el combate del amor y del deber, de la religión y las pasiones. A punto estuvo de descubrir su falta á su tío, pero la tempestad comenzó á disminuir y con ella la angustia de su corazón.

Fijó su vista en la ventana, y al través de la vidriera vió brillar el sol detrás de la última nube alejada por el viento. El cielo volvió á tomar un color azul y trasparente, cesó de caer la lluvia y solo se oía el rumor lejano de la tempestad.

La fisonomía de Maria se calmó enteramente, é iba á dirigir la palabra á su tío que habia vuelto á sentarse á repasar sus versos, cuando fuertes golpes dados á la puerta de la habitación sacaron á ambos de su distracción.

Entró el que llamaba que era un joven

tímido, pobremente vestido, caladas sus ropas de agua, y que debajo del brazo traía unos lienzos enrollados que depositó sobre la mesa del poeta.

—¿Por qué habeis venido con una tarde tan mala? Puntual habeis sido en extremo, aun tenemos dos dias para disponer la fiesta de la santa Cruz. El gobernador de este reino en nombre del rey de España, los consejos, la nobleza toda quieren asistir á ella. Hoy es el día 1.º de Mayo, y en verdad que como director de este hospital ni sé donde tengo la cabeza. Si á cuantos he encargado obra fuesen tan puntuales como vos.... en fin, veamos....

El jóven desarrolló los lienzos que eran unos estandartes que debian servir en la próxima fiesta. El director los contemplaba y decia de cuando en cuando: bien... muy bien, admirables cabezas las de aquellos ángeles, esos contornos son delicados, hay animacion en el color.... verdad en la espresion, en lugar de los tres ducados en que están ajustados tomad veinte, y al mismo tiempo sacó el dinero, que el jóven, lleno de modestia, rehusaba tomar.

—Tomadlo, amigo, y continuad estudiando: hareis fortuna, os lo presagio, yo soy algo inteligente, aquí hay génio, dijo dando una palmada sobre los pintados lienzos.

El jóven se sonrojó y guardó sus veinte ducados.

—Aplicacion, hijo, y no limitarse á ser solo un simple pintor. La lengua latina y griega son indispensables para aprender los mejores poetas de la antigüedad. El poeta es el guia del pintor. La pintura es un género de poesia.

—He sido mejor educado que lo que á primera vista ofrece la pobreza de mis vestidos. He estudiado latin....

—Habeis estudiado latin!..... Brabo!.... cuánto me alegro, exclamó el poeta enagado de encontrar uno á quien leer la recien acabada composicion. Tomad, y entregó el papel al jóven.

—Leyó este para sí y exclamó:

—Admirables exámetros, y pentámetros llenos de fluidez, concision, nervio en los pensamientos y sabor á la antigüedad.

El director no cabia en sí de gozo al oir elogiar sus versos, se creia mas alto que la torre de la iglesia del hospital. Receló sin embargo si debería tantas alabanzas á lo generosamente que habia pagado, y dijo al jóven.

—Y la traduccion?

—Aunque he nacido en España, y no poseo aun enteramente bien el idioma portugués, vedla aquí.

Aquí en esta losa fria
Yace el despojo mortal
Del que fuera en la elegia
Del triste Ovidio rival,
Y en la gracia de Marcial.
A Horacio cuando suspira
Voluptuoso, imitó,
Cuando los héroes cantó,
Del gran Virgilio la lira
Con igual gloria pulsó.

Bardo, y guerrero doncel
Supo el quinado estandarte
Tremolar en la India fiel,
Y Apolo y el fiero Marte
Le ciñeron su laurel.

Con la pluma y con la espada,
Hizo grande á Portugal,
Y el nuevo Ovidio y Marcial
Falleció pobre, sin nada,
En este santo hospital.

—Bien, hijo! muy bien: no adivinas para quien es este epitafio?

—Para LUIS CAMOENS.

—Si.... quién me hubiera dicho que un pobre moribundo á quien yo asistí en su última hora en el hospital, sería el mas bello ornamento de Portugal!

—Habeis recibido el último suspiro de Camoens, respondió el jóven pintor lleno de entusiasmo, pintadme la espresion de su rostro, referidme sus últimas palabras.

—Una tarde mi sobrina, esta jóven que veis, y yo, recorriamos segun nuestra piadosa costumbre las inmensas salas del hospital de Santa Cruz de que soy director y médico hace muchos años. Junto al cadáver de un infeliz que acababa de espirar, vi un hombre de una fisonomia dulce y resignada. En la mesilla que tenia á la inmediacion de la cama habia diversos libros manuscritos al parecer cubiertos de un viejo y arrugado pergamino. Esto llamó mi atencion, lleguéme al lecho del infeliz que con sus desfallecidas manos apretaba un pequeño crucifijo, que de cuando en cuando llevaba á sus convulsos labios, oyéndole murmurar en latin algunas palabras de los salmos de las que pude percibir aquellas sublimes de David.

«Dómine noli intrare in iudicium cum seruo tuo.»

«No entreis en juicio, señor, con vuestro siervo.»

Dirijile algunas palabras de consuelo, que reanimaron su espíritu momentáneamente, y le hicieron abrir los casi oscurecidos ojos. El desgraciado tocaba á su última hora.

—Quereis hacerme un favor me dijo, quereis cumplir la última voluntad de un moribundo?

—Hablad; religiosamente haré lo que me

dicteis; un hijo no observará mas fielmente los preceptos de su padre espresados al borde de su tumba.

EL CONDE DE FABRAQUER.

(Se concluirá.)

LA MUJER Y LAS FLORES.

XIX.

LA PERPETUA.

En el tiempo que Homero vivió en Neotichos deleitando á sus habitantes con los dulces sonos de su lira, una bella hija de Cimea consiguió de los dioses la inmortalidad, como premio de una virtud rarísima en la mujer, y mucho mas entre las del archipiélago griego, que no se distinguieron nunca por cualidades recomendables. Alcea era bella, bella como la inspiracion del que cantó su hermosura, el ciego de Chio, quien á juicio de algunos críticos la tomó por modelo para trazar un tipo tan delicado como el de Andrómaca. Alcea amó á Glauco, y lo amó con tal ternura, con tan inimitable constancia, que ni las infidelidades de su amante, ni los rigores de un destino para ella adverso, fueron bastante, á que diera su amor á otro hombre, ni aun para satisfacer ese goce pobre que se llama venganza, y que el desamor aconseja á la mujer que se vé postergada por el que es objeto de su pasion. Es que el alma de Alcea era tan grande, tan hermosa, que no concebía sentimientos que no durasen tanto como la vida; no reconocia que hubiese motivo para que ella renegara de Glauco y dejara de amarle, porque él consagrare á otra sus homenajes. Ella le amó constantemente en silencio sin hacer alarde de su pasion ni demostrar sus celos, y vivió años esperando que el inconsecuente jóven volviera de nuevo á sonreirle con su amor.

¿Puede tacharse esto de falta de dignidad? De ninguna manera. La constancia, virtud escesivamente rara, es una luz, á cuyo reflejo vuelve el extraviado á la senda que el honor y el deber le trazaran un dia.

La constancia en la mujer encuentra siempre su recompensa, el logro del afan, la dicha anhelada se realizan mas ó menos pronto para aquella que con invariable fé tiene la fortuna de rechazar los perniciosos

consejos del despecho. Alcea amando con constancia, siempre lo mismo, á Glauco, consiguió que este abriera los ojos y viera palpablemente lo mucho que valia aquella joven cuyo amor empezaba á entregar al olvido, premiando tanta fidelidad con el dulce lazo de himenéo que los unió ya para toda su vida. Cuando la de Alcea tocó á su término, el justiciero Jove que tanta parte tomaba siempre en los asuntos de los mortales, quiso recompensar aquel modelo prolongando su existencia, siquiera fuera en el reino vegetal. La bella hija de Cimea fué convertida en flor, y esa flor es la Perpétua, emblema de la constancia y de la fidelidad.

La flor que tan inapreciables cualidades simboliza, pertenece á la numerosa familia de las *Compuestas*, y sus especies son varias. Tiene propiedades químicas y medicinales, empleándose en el tinte, y suministrándose contra la gota y la disnea, y como pectoral y diaforética. La Perpétua es planta perenne de Europa, y aunque carece de aroma, por su brillante matiz puede competir con la que lo tenga mas concentrado. Así la constancia, que ella representa dignamente, es el mas brillante joyal que puede adornar á la mujer.

XX.

LA ADORMIDERA.

El que niegue que en la mujer se encuentra el lenitivo de todos los males que abrumar pueden con su intenso dolor al corazon humano, le disputa según nuestra opinion la facultad mas grande que el bello sexo posee, á bien que no la emplee con la prudencia y delicadeza que debiera.

Eugenio, jóven de talento, aunque de imaginacion azás impresionable, y meticoloso en extremo, tuvo la buena suerte de unir su existencia á la de un ángel de bondad y de ternura. María era tan bella como cariñosa, de tan buen corazon como recto juicio. Amaba á su marido, no solo por deber, sino porque su alma se habia identificado completamente con la del hombre que la hiciera depositaria de su honor. Ya hemos dicho que Eugenio era muy impresionable, y por lo tanto su organizacion sufría un rudo choque, al menor contratiempo de los muchos que en la vida experimentamos. Eugenio vió morir á sus padres, á los que idolatraba, y tan sensibles pérdidas le hubieran costado la vida si los consuelos y el inagotable bálsamo que el amor de María vertió en su alma, no hubiese servido de po-

deroso lenitivo á esos dolores que raramente se comprenden. Sucesivamente sufrió pérdidas de consideracion en sus intereses, vió burlada su buena fé y probidad, puesta en duda su justa reputacion de honrado, y tantos quebrantos amargaron su existencia, que quizá hubiese puesto término á esta por medio del suicidio, si, como siempre, el ángel que á su lado tenia no hubiese con sus tiernos cuidados hecho renacer en su corazón la esperanza de mejores dias, por medio del consuelo que solo el verdadero amor puede prodigar. Eugenio llegó á convenirse que sin su María su vida hubiese sido una continua sucesion de penas y dolores, y se adherió á ella como la hiedra se adhiere al tronco junto al cual ha nacido. Pero llegó un dia que María á su vez padeció dolores, pero no morales como los que abatieron el espíritu de su esposo, sino físicos, dolores de esos que la mujer de mas resistencia no puede sufrir impávida y sin exhalar continuos quejidos. Eugenio que conocia la virtud medicinal de muchas plantas, pues era muy dado á los estudios botánicos, le preparó una pocion calmante que produjo admirable resultado, pues desaparecieron los dolores. Ya tranquila María dijo á su esposo:

—¿Qué me has dado, Eugenio, que así has curado mi padecimiento?

—Muy poca cosa, contestó él, unas cuantas gotas de un jugo que he estraido de esto.

Y le enseñó una cápsula de forma oval.

—Y, ¿qué es eso?

—Una Adormidera ó *Papaver somniferum*, como la llamó el gran Linneo.

—¿Qué bueno eres, Eugénio mío!

—No hago mas que corresponder á lo que tu has hecho conmigo en ocasiones análogas. Tú has calmado mis dolores morales con tu amor y tu ternura; yo he hecho lo propio con tu padecimiento físico, con auxilio de.... el ópio.

—¿Cómo! ¿Es ópio lo que me has dado?

—Ni mas ni menos. De esta planta, primer género de la familia de las *Papaveraceas*, se extrae el ópio, poderoso calmante empleado en la medicina contra las afecciones nerviosas ó espasmódicas.

—¿Quién lo habia de decir!

—Pues aun hay mas. Del ópio que se prepara en Alejandría, en Constantinopla, la India y en Esmirna, y que segun su clase se denomina rojo, negro, tebáico y gomoso, se extraen la *codeína*, la *morfina*, la *narecina*, la *narcotina* y los ácidos *codeico* y *mecónico*.

—¿Cuántos secretos no posee la naturale-

za, y cómo la ciencia y el estudio del hombre se los vá poco á poco arrancando! Dijo María que habia escuchado con admiracion á su esposo.

—Si el reino vegetal posee la Adormidera que dá el ópio, el corazón de la mujer tiene tambien un caudal grande de ternura que, oportunamente aplicado, es eficaz calmante á los males del alma, los cuales laceran la existencia con sus torturas. Tú misma, María, con tus consuelos has obrado en mí un efecto semejante al que has experimentado con lo que te he propinado para la dolencia que te aquejaba.»

Esta sencilla anécdota la terminaremos, y con ella el capítulo, dirigiendo un ruego á nuestras bellas lectoras.

Vosotras las que fijais vuestros lindos ojos en estas páginas, y que, como la que os he presentado, teneis el corazón abundantemente provisto de esquisita ternura, ¿no querreis ser en la vida la personificación de la adormidera? ¡Ah! sedlo, sedlo, no os neguéis á hacer ese bien, y así algun dia, en reciprocidad, tengais quien os suministre el ópio del consuelo que enjague vuestras lágrimas arrancadas por ese dolor múltiple y desconocido, de tan diversos modos calificado.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

(Se continuará.)

DESCONFIANZA.

A.....

Es tu rostro encantador
el móvil de mis placeres,
pero, ángel mío, ¿que quieres!
desconfío de tu amor.

Sin embargo, no es posible
que te olvide ni un momento,
me arrastra á tí el sentimiento
de un cariño inextinguible.

En tan dura alternativa,
mi amor y el tuyo comparo,
mas soy de amor tan avaro
que siempre te encuentro esquivo.

Y no es que en vil dualismo
el alma mia se inmola,
no, ¡si te quiero á tí sola!....
Entonces es egoismo.

De esta tenáz lucha impía,
solo una verdad se infiere:
cuanto mas el hombre quiere
es cuando mas desconfía.

Por eso de amor desecho,
á veces suelo exclamar:
—¡Si pudiera colocar
mi corazon en tu pecho!

F. ALVAREZ UCEDA.

¡QUIÉN SABE.....!

Cruzó la calle como una hada encantadora; era su mirada como el fuego del sol que todo lo vivifica, y la luz de sus ojos dejó impresa en mi alma una cosa desconocida para mí; grata y horrible al mismo tiempo, grata porque me sumió en un mar de delicias, horrible porque naufragué en ese mar, porque tengo la certeza de no volverla á ver.

La hé visto, y enseguida se ha ocultado á mis ojos, á mis ojos que darian la mitad de su luz por admirarla siempre.

¡Cuán hermosa! ¿qué son las imágenes mas poéticas con que se ha recreado mi ilusion? nada, nada es comparable con ese angel escapado del cielo para mi desdicha; conocerla y adorarla para no volverla á ver es lo mas triste: nunca mi corazon ha sufrido tanta amargura; cada latido me destroza el pecho, y sin embargo late con tal violencia, que parece electrizado por ella; ¿y por quién sinó? ¿quién hubiera tenido bastante fuerza para hacerle perder la dulce calma que disfrutaba?

Su talle se cimbreaba como el ciprés mas airoso mecido por el viento, y en cada vaiven descubre un tesoro de hechizos.... por eso mi alma que buscaba una muger digna de ella, ha enloquecido de amor admirando tanta belleza y vuela al rededor de su ilusion querida sin darse cuenta de lo que le pasa; siente la alegría de los ángeles en presencia de Dios, y la tristeza de una madre que ha perdido al hijo de sus entrañas.

Mi alma ha disfrutado de su vista y mi alma ha quedado sin consuelo al perderla tal vez para siempre.

¿Por qué siendo la sensibilidad una prueba de la vida es la causa de mi muerte?

El amor todo lo vivifica, todo lo rejuvenece.... todo menos mi pobre corazon que desde que le ha dado entrada se ahoga en la estrecha carcel de mi pecho; es ahora pe-

queño lo que antes era suficiente para contenerlo, y es que el amor lo ha crecido con el soplo de su aliento; ¿por qué, pues, si es mas grande, es mas débil? nunca se inmutó por nada; ningun ruido le hacia apresurar su tranquila marcha.... y hoy, juguete del amor, todo le incomoda, el menor ruido le asusta, el mas leve rumor le importuna.... ¿qué es esto corazon mio? ¿Es que no esperas percibir otra vez el rumor de sus pasos? ¡ah corazon! ¿Por qué perdiste la calma por quien no habia de devolvértela nunca?

Su hermosura trastornó mi cerebro y di gracias á quien me proporcionó la dicha de verla para adorarla; pero ¡ah desgraciado de mí!

Así como el relámpago ilumina con su brillante luz el espacio oscurecido por las nubes prestándolas los hermosos colores de su fulgor, lo mismo el brillo de sus ojos iluminó mi alma con los destellos de su luz divina; pero así tambien como el rayo en medio de tanta hermosura hiere sin compasion cuanto encuentra á su paso, hirió el fuego de sus ojos á mi pobre corazon que fascinado por sus miradas contemplaba estasiado á la que lo mandaba, y mas aun bendecia el momento en que recibió la herida que lo destroza.....

Oh amor, ¡y dicen que eres el deleite del alma...! ¿cómo se equivocan! lo que eres, sí, el lazo que tortura todos los sentidos, el puñal que hiere á quien se deja seducir por tus palabras.... dulces pero que matan con su dulzura.

¡Cuántas lágrimas has hecho derramar á los que engañas!.... eres muy cruel; y sin embargo yo te adoro, yo busco tu sonrisa fascinadora; y aunque destroces mi alma te buscaré para que me digas donde está el bien porque suspiro; el ángel de mis ilusiones, la diosa de todo mi ser, mi vida ó mi muerte; todo, todo lo del mundo es ella para mí.....

¡Amor, tu que penetras en los rincones mas ocultos, dime donde está ella; enséñame el camino que conduce á su morada y..... márame si quieres, pero llévame á morir á su lado, y allí le entregaré mi vida y besaré la mano que me hiera si es la suya!

Pero ¡oh desgracia! tal vez con todo tu poder no podrás llevarme hasta su lado..... quién sabe si será un verdadero ángel que ha tendido sus blancas alas para volar al cielo..... quién sabe..... quién sabe.....

Z. GOMEZ.